

en torno a nuestro pabellón

En ocasiones se ha pretendido poner en duda la vitalidad deportiva de nuestra capital y provincia. Hubo incluso quienes abogaron, cuando surgió espontánea la decisión de dotar a Gerona de un Pabellón de Deportes, en un sentido destructivo pretendiendo con ello obstaculizar un proyecto que si más tarde fue una venturosa realidad, sólo a la visión y energía de nuestras primeras Autoridades debióse. Y cuando apenas se llevan unos meses de la puesta en marcha de esa instalación, aquellos que habíanse convertido en sus más férreos enemigos, se deshacen en elogios y sienten, como lo sentimos muchos, la alegría y el orgullo de poseer un recinto deportivo que es admiración de propios y extraños.

Era indudable que un Pabellón habría de traer a Gerona y a sus moradores momentos de gozo. Cuando, con un graderío a rebosar, asistimos al España-Suiza de baloncesto —por vez primera Gerona era escogida para un encuentro internacional— apercibimos en el ambiente ciudadano un clima expectante, como de fiesta mayor. Muchas gentes de la Provincia, atraídas por la fuerza del encuentro, no se resistieron a su influjo y, aprovechando los más diversos medios de locomoción, hicieron acto de presencia. Fue una gran jornada donde el éxito deportivo y de público refrendó la necesidad de un Pabellón para Gerona. Y ese fue el inicio. Un inicio prometedor que habría de tener continuidad. Como así viene sucediendo.

Quienes vivimos a diario el sentir deportivo nos percatamos de lo útil que viene siendo para nuestro deporte el Pabellón Municipal, y por mucho que se escriba, nunca habrán palabras suficientes para expresar el agradecimiento sincero y honesto de todos los deportistas gerundenses a quienes hicieron convertir en tangible realidad un sueño que se nos antojaba irrealizable...

El Alcalde de Gerona dijo un día: "El Pabellón es de Gerona y para los gerundenses y podrán utili-

zarlo todos sin distinción de clase". Y así viene sucediendo. Durante la semana, muchachas de la Sección Femenina, de las Escuelas o de cualquier otro organismo realizan allí sus ejercicios físicos; jóvenes en edad escolar o mayores hacen lo propio. Y en las matinales domingueras u otras vísperas o tardes cualesquiera de la semana es corriente ver por nuestras calles programas anunciando determinado encuentro deportivo de mayor o menor alcance o calidad.

Baloncesto, hockey sobre patines, balonmano y gimnasia, han tenido cabida. En esta semana mismo que cerramos con la aparición de nuestra Revista, habremos sido testigos presenciales de partidos de balonmano, baloncesto y hockey sobre patines, con un torneo triangular internacional, un partido Real Madrid-Sporting, con caracteres de sensacional, y un campeonato de España de Veteranos, que es ya de por sí toda una firmeza de esa calidad a que nos venimos refiriendo. Y por si fuera poco, la semana próxima, seis provincias españolas (Granada, Murcia, Pontevedra, Pamplona, Salamanca y Gerona) entrarán en liza en una competición de carácter nacional como es la Copa de S. E. el Generalísimo.

Podrá haber quien, después de habernos leído, ponga en duda esta vitalidad de nuestro deporte. Habrá, inclusive, quien discrepe de nuestro punto de vista, pero a nosotros nos gustaría que esas contradicciones vinieran razonadas con argumentos convincentes como entendemos son los que hemos dejado expuestos nosotros. Ya que si bien es cierto que en nuestro Pabellón proliferan las reuniones deportivas no lo es menos que éstas no vendrían si en Gerona no existiera contingente no sólo de deportistas aficionados sino también de practicantes que las respaldarán. Pues no se vibra al compás de latidos foráneos. Son las pulsaciones de nuestros deportistas las que nos hacen mover. Así lo ve,

ARREIS

DEPORTE PABELLÓN y... otras cosas

Lo del Pabellón, trajo revuelo. Primero, cuando en corrillos más o menos extensos, se ponía en duda su utilidad y su servicio. Después, cuando se hablaba de rentabilidad, las campanillas bucales sonaban con tintes funerales. Y por último, y en ocasión de su reglamento, poco menos que una guerra fría se organizó en derredor de no sé qué artilugios y componendas.

Quien esto escribe, desde los órganos de información que se me han brindado y desde los cuales procuro servir a la verdad, ha mantenido en el "affaire Pabellón" una postura de silencio, que no era de conformidad en muchas ocasiones, pero que juzgábamos prudente, porque estábamos firmemente convencidos que, a la larga, el buen criterio de quienes manejan los hilos del escenario deportivo, y en su suplencia el tiempo —ese buen enderezador de entuertos— se encargarían de poner los puntos sobre las íes.

El Pabellón —guste o no guste a los derrotistas— está prestando su servicio a la Ciudad. Cuando estas líneas vean la luz, el Pabellón habrá servido y servirá para dos manifestaciones deportivas de trascendencia nacional. Los agoreros, los sesudos —sin que el seso signifique pensamiento— habladores de café, seguirán, a pesar de todo, derramando inquina sobre el Pabellón... Porque hombres así, desgraciadamente, los hay siempre.

Son los que ponían el grito en el cielo, cuando el Pabellón sirvió para dos veladas de "bailables", pero que no han pisado el recinto cuando se practicaba deporte.

Son los que se enteran a hurtadillas de los precios para presenciar las competiciones y si son altos, no van, porque son demasiado caros, y si son baratos, no van, porque se piensan que carecen de categoría.

Son los que hablan de la decadencia del deporte español, tan sólo porque un día, por casualidad, contemplaron por la pantalla de Televisión unas "carreras de los Juegos Olímpicos"...

Pero... mejor es no "meneallo". Mejor será hablar y discutir de esto en el Pabellón. Cuando vayan, quienes no van.

BOUSO

MIRADAS

No se puede odiar a nadie, sin haber tratado antes con él. Sin conocerle. A pesar de todo, aquellas personas me odiaban.

Yo estaba seguro de ello. Eran sus miradas las que me lo decían. Había en ellas rencor. Rencor profundo.

Puedo jurar que nada había entre aquellas personas y yo, que me pudiera hacer ser odiado de esa manera.

Por otro lado era la primera vez que visitaba la ciudad. Había llegado esa misma mañana y ni siquiera tuve tiempo de visitar a nadie. A nadie conocía.

Ahora recuerdo que mi esposa me dijo al despedirme, que en esta ciudad tenía unos parientes lejanos. Pero con las prisas olvidé la nota donde me apuntó la dirección. Ni siquiera en el hotel donde me hospedo, cambié la menor palabra con nadie. Empecé a pensar.

Crespo, el de la oficina, creo que es de aquí. Pero nos llevamos muy bien y no creo que él...

La casa en que trabajo no tiene relaciones comerciales con ninguna de esta ciudad.

Por más vueltas que le daba a mi cabeza no conseguía encontrar nada que hiciera variar mi pensamiento, de que nada había hecho que pudiera atraerme su odio. Y sin embargo, estaba seguro que aquella gente me odiaba. Yo sentía ganas de gritar contra todos ellos. De encararme y mirarles como ellos me miraban. Pero aparenté tranquilidad.

Después de todo, ya tendría ocasión de vengarme.

Seguían mirándome. Me fijé en mi atuendo. Iba correctamente vestido.

¿Qué sería, Dios mío?

Seguían mirándome. Estaba empezando a ponerme nervioso. Miré a mi alrededor. Me tranquilizaron unos guardias. Al menos alguien me defendería.

Miré el reloj.

Las cuatro y media.

Me llené de valor.

Toqué el pito, y comenzó el partido de la máxima rivalidad regional...

B. M.